

HOMENAJE AL PROFESOR JUAN CRUZ CRUZ



Homenaje al profesor Juan Cruz Cruz

Con toda seguridad la persona a quien más debe la revista *Anuario Filosófico* en su ya dilatada historia a lo largo de cuarenta y tres años, es al profesor Juan Cruz Cruz, quien acaba de jubilarse tras cuarenta y seis años de servicios en la Universidad de Navarra. Con estas líneas el Consejo de Redacción de la revista desea expresar su más honda gratitud por su incansable trabajo en favor de *Anuario*, que fue decisivo para el reconocimiento de la revista tanto en España y los demás países de habla hispana como en el ámbito internacional.

Comenzó su colaboración como autor en el primer número de la revista en 1968 con un trabajo titulado “Simetría, estructura, dinamismo” (1968 (1), 37-66) [<http://dspace.unav.es/dspace/handle/10171/1794>], inspirado según dice en su primera nota en los trabajos del profesor de Geología, Julio Rodríguez Martínez, y que incluye, además de abundante simbolismo científico, una hermosa lámina de la dislocación helicoidal de un cristal entre las páginas 46 y 47 y tres diagramas en las páginas 57 y 58 de la polarización de la luz y la asimetría molecular, en defensa de la tesis de que “la disimetría se enmascara bajo la simetría” (p. 66). En cada uno de los tres años siguientes publicó un nuevo trabajo. Se trata de estudios amplios: “Sobre el método en Antropología filosófica” (1969 (2), 27-111) [<http://hdl.handle.net/10171/1801>], “Entre el ocio y el juego. Los radicales de la cultura” (1970 (3), 9-92) [<http://hdl.handle.net/10171/1836>] y “Sentido antropológico del mito” (1971 (4), 31-84)

[<http://hdl.handle.net/10171/1846>]. La simple enumeración de los títulos sugiere ya la amplitud filosófica de sus intereses.

En 1973 se incorporó a *Anuario Filosófico* como Secretario de Redacción y realmente *hizo* la revista desde entonces hasta el año 2001; como Secretario hasta 1991 y desde ese año como Director, con la eficaz ayuda de Idoya Zorroza en las tareas de la Secretaría de Redacción. Esta etapa abarca un arco temporal de veintiocho años, lo que significa para nuestra revista un total de catorce mil novecientas setenta y dos páginas. En este dilatado periodo quizá los hitos más relevantes para la difusión de la revista fueron su desdoblamiento en 1977 en dos fascículos semestrales y la introducción de una sección bibliográfica en cada número, y en 1992 el inicio de los números dedicados a temas monográficos y el paso a la periodicidad cuatrimestral (tres fascículos al año) que se mantiene en la actualidad. Este periodo es, sin duda, el de la definitiva consolidación de la revista en todos los órdenes, gracias al trabajo desinteresado, tenaz, inteligente y siempre optimista del profesor Juan Cruz Cruz.

El 29 de enero en el Aula Magna de la Universidad se celebró un sentido homenaje al profesor Juan Cruz con numerosa participación de colegas, antiguos alumnos, familiares y amigos. Hicieron uso de la palabra los profesores Ángel Luis González, de la Universidad de Navarra, Ignacio Falgueras, de la Universidad de Málaga (al no poder acudir leyó su emocionante discurso Idoya Zorroza), Laura Corso de Estrada, del CONICET argentino, el propio homenajeado y Santiago Aurell, Decano de la Facultad.

Como testimonio duradero del agradecimiento del Consejo de Redacción de *Anuario* y de todos los que a lo largo de tantos años han colaborado en la revista, reproducimos aquí las palabras del profesor Ángel Luis González en aquel acto y las del profesor Juan Cruz Cruz, tal como fueron impresas en la publicación del acto de homenaje. El Consejo de Redacción agradece en particular a Idoya Zorroza su colaboración a este respecto.

Intervención de D. Ángel Luis González, Catedrático de Metafísica. Profesor Ordinario de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Navarra

Ilmo. Sr. Decano de la Facultad de Filosofía y Letras.

Queridos colegas de trabajo universitario.

Señoras, señores.

Muy querido profesor Juan Cruz Cruz.

La celebración de actos académicos en homenaje a profesores que han servido con su trabajo en una Universidad constituyen actos de justicia y de gratitud. Comprendo bien la resistencia de algunos a ser objeto de reconocimiento, de elogio y de gratitud. El reconocimiento y la gratitud son *intangibles* que deben hacerse tangibles, al menos en algunas ocasiones. Así lo hemos aprendido y seguimos viéndolo en la Universidad de Navarra.

A la noción clásica de Universidad pertenecían tres cosas: enseñanza de profesionales específicos, un ámbito o mundo de formación cultural y la investigación; como es notorio, así lo decía Jaspers en *La idea de la Universidad*. La docencia, la investigación y la formación y transmisión cultural constituyen tres fines que forman una unidad, o mejor son, como señala Jaspers, tres momentos de una totalidad viva. El profesor Cruz Cruz ha cumplido, más que sobradamente, con esos fines. En esta *laudatio*, que es la tarea que me ha correspondido en este acto, intentaré trazar un breve esbozo de cada uno de ellos.

La docencia del profesor Juan Cruz ha sido muy amplia, no sólo temporalmente (cuarenta y cuatro años entre 1964 y 2010), sino especialmente en la abundancia de encargos docentes que ha debido atender. Su tarea docente estable ciertamente ha correspondido a la Universidad de Navarra, en la que ha sido sucesivamente Ayudante, Adjunto, Agregado y Ordinario; ha impartido clases de licenciatura de primer y segundo ciclo, master y doctorado; pero además hay que recordar que ha sido profesor tutor de la Universidad Nacional de Educación a Distancia durante 14 años, y previamente profesor adjunto en la Escuela de Magisterio de Navarra. Y con nombramiento como profesor Visitante o Extraordinario ha impartido cursos espe-

ciales o de doctorado, entre otras, en las Universidades Menéndez Pelayo, Autónoma de Madrid, Austral, (Argentina) Montevideo, Los Andes (Chile), Mendoza, Panamericana (México), Cuyo (Mendoza, Argentina), Piura (Perú), Universidad Católica de Buenos Aires, Católica de La Plata (Argentina). En todas ellas ha impartido diversas asignaturas o cursos, la mayoría centrados en historia de la filosofía y filosofía de la historia (asignaturas que han estado a su cargo durante un tiempo más prolongado), que abarcan diferentes problemas, cuestiones, autores y materias de las distintas áreas de la filosofía; puede decirse que ha cultivado la mayor parte de las asignaturas que conforman el currículo académico, realidad que seguramente sólo son capaces y les está permitido a los grandes maestros del saber. Si hubiera que hacer una semblanza más pormenorizada de este primer apartado de vida universitaria, no podría pasarse por alto su condición de Becario de la Fundación March, de la Oriol-Urquijo y de la Fundación Humboldt, como tampoco las numerosas funciones de gobierno y administración universitaria, entre los que se cuentan el ser miembro de consejos editoriales y del comité científico de revistas no españolas y otras muchas que pertenecen a la dedicación académica de un profesor con afán de servicio a la Universidad; deseo destacar entre ellas los años en que fue director del Departamento de Filosofía de la Universidad de Navarra y los 28 años (17 como Secretario y sucesivamente 11 como director) de la Revista *Anuario Filosófico*. Todos pero especialmente este último aspecto de su actividad merece que su trabajo se considere verdaderamente inconmensurable.

Hay que subrayar la inestimable dedicación del profesor Juan Cruz en la dirección de Reuniones y Congresos científicos: ha sido director de las Reuniones Filosóficas en ocho ocasiones, cinco veces Codirector de las Jornadas Internacionales de Pensamiento medieval celebradas en la Universidad de Cuyo (Mendoza), otras cinco Codirector de las Jornadas Internacionales *De iustitia et iure en el siglo de Oro*, en la Universidad Católica Argentina (Buenos Aires), y Director de tres Simposios de la Línea Especial de Pensamiento clásico español (Universidad de Navarra). Como es bien sabido, es director de la Colección de Pensamiento medieval y renacentista desde que comenzó su andadura en 1998 (se han publicado hasta ahora 120 libros), así como de Cuadernos de Anuario Filosófico, Serie de Pensamiento

español. La dirección de una veintena de tesis doctorales puede también dar idea de su dedicación a uno de los puntos fundamentales de la vida académica, que con lo que ahora se acaba de subrayar constituye el entrelazamiento de docencia e investigación universitarias. (Otras actividades y datos de su actividad universitaria pueden verse, en las páginas iniciales del libro-homenaje que se le entregará, en el *currículum* académico preparado por la Dra. Idoya Zorroza).

Resulta particularmente difícil, por cuasi-inabarcable, hacer siquiera un resumen de la investigación realizada por el profesor Juan Cruz. Entre el artículo titulado *Raíz metafísica de la tendencia* (de 1966) y la edición del libro *Delito y pena en el siglo de Oro* (2010), en la compilación de su actividad científica realizada (de modo excelente como es habitual en ella) por la Dra. Zorroza, hay 215 títulos (sin contar ahí las 38 ponencias en congresos internacionales, las innumerables recensiones —61 sólo en el *Anuario Filosófico*— traducciones de artículos del francés y del alemán, y las conferencias invitadas en diferentes universidades y foros internacionales y nacionales). De los 215 títulos, si no he contado mal, 105 son artículos o capítulos de libros, 28 voces extensas de Enciclopedias, 38 libros propios (algunos con varias ediciones), 6 traducciones de libros (entre las que se encuentran algunas, consideradas clásicas, de obras de Fichte y Schelling), 42 ediciones de libros (tres como coeditor), con estudio preliminar, anotación, introducción, etc., de clásicos como Tomás de Aquino, Juan de Sto. Tomás, Araujo, Diego Más, etc. Y 6 prólogos o epílogos a otros libros. Todo ese inmenso caudal de trabajo realizado se refiere, como ya dije, a diferentes áreas de pensamiento, desde los iniciales estudios referentes a antropología filosófica y teoría del conocimiento, pasando por las obras en buena medida resultado de la docencia de historia de la filosofía moderna y contemporánea y filosofía de la historia, como son, entre otros, *Intelecto y razón. Las coordenadas del pensamiento clásico*, *Hombre e historia en Vico*, el *Sentido del curso histórico*, *Existencia y nihilismo: introducción a la filosofía de Jacobi* (por cierto éste el primer gran libro sobre Jacobi en la bibliografía española), *Conciencia y Absoluto en Fichte*, *Filosofía de la historia*, *El éxtasis de la intimidad. Ontología del amor humano en Tomás de Aquino*, *Fichte: la subjetividad como manifestación del Absoluto*, *Creación, signo y verdad*, *¿Inmortalidad del alma o inmortalidad del hombre?*, etc.

Y todo eso, como es bien conocido, con profundidad de pensamiento, rigor científico exquisito, redacción pulcra de sus escritos, con ese peculiar gracejo que le define. Es tanta y tan excelente su producción científica que un colega lo definía como un “activista intelectual”; “pero este hombre no para”, dicen otros. Lo comprendo, pues un filósofo, si es tal, no puede pararse; en todo caso, se para uno a pensar, pero después ya no puede uno detenerse, ya que, como hemos aprendido del profesor Leonardo Polo, encontrada una verdad, se dispara la inspiración y la búsqueda de nuevas verdades. “El encuentro con la verdad se transforma en un punto de partida. La verdad encontrada dispara un proceso interior porque es una fuente de inspiración que antes la persona no tenía (...) Además, sin atenerse a la verdad la vida se vuelve átona, enervada, inercial” (L. Polo, *La verdad como inspiración*, en *La persona humana y su crecimiento*, 2ª ed. Eunsa, Pamplona 1999, pp. 198 y 205). Seguramente es ese continuado enamoramiento de la verdad lo que produce esos distintivos de la tarea investigadora del profesor Cruz que son su energía, su carácter estimulante, su tensión y fortaleza y vigor para el trabajo académico.

Numerosos son también los volúmenes que ha publicado como editor de congresos, ya aludidos, y especialmente aquellos que constituyen la traducción con introducción y notas de textos clásicos, tanto de obras de Fichte y Schelling como de obras de Sto. Tomás, entre las que deseo destacar los volúmenes del *Comentario a las Sentencias de Pedro Lombardo* (hasta ahora 4 publicados), o la *Exposición del libro de las causas*, los *Comentarios a los libros de Aristóteles Sobre el sentido y lo sensible* y *Sobre la memoria y la reminiscencia*, el *Comentario al libro de Aristóteles sobre el cielo y el mundo*, etc. Ya he citado antes volúmenes semejantes de otros autores clásicos, como Báñez, Diego Más, Araujo, Juan Poinset, etc., libros por cierto la mayor parte muy voluminosos. Como es natural, toda esa inmensa producción de escritos están en relación con los sucesivos proyectos de investigación que ha obtenido en convocatorias públicas y privadas, financiados por el Ministerio de Educación como la Universidad de Navarra. Muy especialmente debe resaltarse el grandioso trabajo realizado, desde todos los puntos de vista como Director de la Línea Especial de Investigación *El pensamiento clásico español: su inspiración medieval y su proyección en la filosofía contemporánea*, que dirigió desde 1998 a 2006.

El profesor Juan Cruz ha dedicado parte de su trabajo y actividad universitaria a esa tercera faceta que al principio denominaba transmisión cultural. Sin entrar a definir o redefinir lo que significa la cultura objetiva, que ciertamente debe transmitir la Universidad, señalaré *per summa capita* algunas de las actividades llevadas a cabo por el profesor Cruz, en distintos ámbitos; unas son referentes a la música: todavía recuerdo el estupor que me produjo el libro que editó sobre *La realidad musical* (654 páginas); sus trabajos sobre *Metafísica de la familia* (recientemente reeditada por cierto), *Sexualidad y persona. Orígenes de un debate. Kant, Fichte y Hegel*, y otros diversos, consecuencia de sus trabajos como investigador y en su momento directivo del Instituto de Ciencias para la familia (Universidad de Navarra) o Presidente de Acción Familiar en Navarra. Más conocidos resultan a muchos los también numerosos trabajos dietética, sobre alimentación y cultura (asignatura que ha impartido muchos cursos en la Facultad de Ciencias); a esa dedicación corresponden títulos como *La cocina mediterránea en el inicio del Renacimiento* (415 páginas), *Dietética medieval* (374 pp.), *Teoría elemental de la gastronomía* (320 pp.), etc. Se comprende que haya sido presidente de la Sociedad Navarra de estudios gastronómicos durante 15 años y que el Gobierno del País Vasco le concediera en 1994 el Premio Euskadi de Gastronomía. Me parece que también correspondería a este ámbito recordar aquí su condición de parlamentario foral del Parlamento de Navarra, durante 5 años; quienes recordamos aquellos tiempos (1987-91) agradecemos vivamente la defensa del profesor Cruz en muchos temas candentes referidos a educación y familia; también me parece que debe constar la gratitud pública por la defensa apasionada de la Universidad de Navarra en ese foro parlamentario. Por último, señalaré —porque siempre me ha llenado de sorpresa (si es que ver trabajar al profesor Cruz tanto y sobre tantas cosas puede todavía sembrar alguna perplejidad)— que es autor de dos guías, espléndidas, de su ciudad natal, una *La catedral de Baeza y su entorno monumental* y la otra *Trébol monumental de Baeza*, naturalmente con varias ediciones.

Toda esa dedicación a los fines de la Universidad, que tan resumidamente he bosquejado, merece un reconocimiento por parte de tantos que somos compañeros de claustro universitario, de alumnos de muchas promociones de licenciatura, de doctorado, que en efecto

han plasmado su adhesión en la *Tabula Gratulatoria* que se le entregará tras este acto. Muchos colegas de muy diferentes Universidades de España y otros países han querido y podido sumarse a este homenaje (hay muchos otros que, con pesar, no han llegado a poder enviar su trabajo). A todos ellos doy las gracias más sentidas por su colaboración en el libro de homenaje que se le entregará hoy.

Lo hemos querido titular *In umbra intelligentiae*; ese fue el título también de un trabajo del profesor Juan Cruz a propósito de un estudio sobre la intencionalidad de lo real. Como es sabido, se trata de una expresión ciertamente bella, que corresponde a la tradición neoplatónica, y que comparece en la Proposición 15 del *Liber de causis: Ratio oritur in umbra intelligentiae*. Ser y vivir conforme a la razón constituye elemento esencial del hombre. La razón procede siempre por grados, como paso a paso y busca su refugio “a la sombra de la inteligencia”. Es claro que ahí ha estado, y seguirá permaneciendo, el profesor Juan Cruz.

Mucha gratitud merece quien cumple, y además muy bien. Como decía el clásico, “la nobleza vive de parte del que da, el agradecerla está de parte del que recibe” (Calderón, *La vida es sueño*). En un trabajo titulado *¿Qué significa agradecer?*, publicado hace un mes en el libro homenaje al profesor Ignacio Falgueras (en *Autotrascendencia*, Universidad de Málaga, 2010, pp. 135-148), Juan Cruz recordaba que en el acto de agradecer se destaca un encuentro personal y libre. “Por eso la donación ha de hacerse con respeto para quien la recibe, sin herir sentimientos de dignidad (...) El don recibido no debe servir para esclavizar ni someter, sino para liberar”. La gracia del don bendice a quien da y bendice a quien toma (Shakespeare, *El mercader de Venecia*). Hemos querido hacer como él señala: “es propio de la gratitud reconocer con alabanza. Agradecer es elogiar el don gratuito, el cual ha de ser recibido con una celebración personal. Un signo de ingratitud en algunas personas es que, a pesar de tener conciencia del don recibido, se abochornan de que salga a la luz pública. Afirma Séneca que “Algunos hay que no quieren recibir sino favores secretos; evitan todo testigo, todo confidente del beneficio. Sepas que estos no traen buen pensamiento. (...) el bienhechor ha de extender la noticia del beneficio (...) y lo ha de pregonar públicamente. Deuda que te ha de avergonzar, no la contraigas. Algunos dan

las gracias del bien que reciben a hurtadillas, por los rincones y a la oreja; esto no es modestia, sino manera de negar la deuda. Desagradecido es quien da las gracias en ausencia de todo testigo (Séneca, *De beneficiis*, II, 23)” (*Autotrascendimiento*, p. 136).

Resulta conforme a la justicia expresar el reconocimiento y la gratitud merecidas. Los colegas de trabajo universitario, alumnos y antiguos alumnos, y amigos deseamos pregonar públicamente nuestra gratitud por su trabajo universitario al profesor que hoy homenajeamos. Y siguiendo también a Séneca, quien subraya que la gratitud debe dirigirse, sin ningún distingo, a un Ser Supremo, me permito agradecer a Dios el don que supone la entera vida universitaria del profesor Juan Cruz.

Intervención de D. Juan Cruz Cruz, Profesor Ordinario de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Navarra

Queridos amigos:

Deseo que mis palabras sean de agradecimiento a todas las personas que, en esta Universidad, me han ayudado y se han esforzado en comprenderme.

En estos momentos son muchos los recuerdos que se agolpan; pero todos ellos me ayudan a situar mi vida en su sitio correcto. Decía irónicamente Quevedo que “todos deseamos llegar a viejos y todos negamos haber llegado ya”. En mi caso, y con este acto, ha llegado ya lo que ironizaba Quevedo. Creo que me encuentro en una fase de la vida, que, a diferencia de la “vida tensa” de algunos jóvenes que me rodean —una vida proyectada hacia los afanes del futuro— la mía debería ser una “vida remansada”: un fin que no fuera un simple acabamiento, sino un cumplimiento, aunque lleno de pasado. También estoy convencido de que esta misma juventud aquí presente —tensada hacia el futuro, haciendo planes, luchando y esperando—, tiene la desventaja de no poder entender todavía el conjunto de su propia vida. Yo quizás sí, porque, bajo la presión del borde final, miro ya hacia el pasado, reconociendo las pérdidas y las ganancias, el sentido de las conexiones que los momentos de mi vida tienen en el todo de mi existencia.

Llegué a Pamplona en el otoño de 1964, para incorporarme como profesor becario a la Escuela de Magisterio y realizar seguidamente mis prácticas de sargento de complemento en el Cuartel de Infantería de Montaña, sito en lo que hoy es el Baluarte. Vine en tren. Y al pisar el andén de la estación, pude observar cómo bajaban también muchos jóvenes con bolsas y maletas. Ya me dirigía a la puerta de salida, cuando se acercó a mí un hombre de buena presencia que me espetó: “Oiga, ¿necesita usted trabajo? Represento a una empresa de construcción y buscamos mano de obra. Tiene usted asegurado desde hoy mismo el sueldo y el alojamiento”. Me quedé de una pieza. Miré a mi alrededor y comprobé que todos los viajeros eran captados por otros representantes. Yo dudé unos segundos antes de agradecerle su oferta; y todavía hoy creo que quizás debí aceptarla.

Fue el propio director de la Escuela de Magisterio el que me puso enseguida en contacto con el Departamento de Filosofía, pues él quería hacer el doctorado y pensó que al menos ya tenía un compañero.

Lo que siguió después, ya se lo pueden imaginar.

Por tanto, llevo en la Universidad de Navarra desde el año 1964. Y desde entonces he conocido cómo la institución se expandía, se asentaba, se consolidaba. Pero también cómo sufría todo tipo de contrariedades. Pues bien, lo primero que se me ocurre decir es que, aunque en la Universidad hayamos librado juntos muchas batallas y durante muchos años, hay algo que, en la diferencia, nos ha unido de verdad: las razones para seguir adelante.

Lo importante son las razones que tenemos para luchar. Pongo un ejemplo insignificante. Al final del otoño de aquel primer año referido, Don Leonardo Polo me condujo a la Biblioteca de la Universidad, situada en los sótanos del Edificio Central, el único edificio que existía en ese momento. Un bedel, Florencio, nos acompañaba. Empujó la puerta y se abrió ante mí un enorme espacio lleno de anaqueles... vacíos. Sólo unos cuantos libros de filosofía ocupaban cinco o seis baldas. Don Leonardo me lanzó una pícaro mirada y dijo astutamente: “Bueno, si tú tienes algún libro puedes entregarlo para catalogación”. Y desde ese día figuraron en los ficheros de la biblioteca tres volúmenes míos de un normal *Curso de Filosofía*. Sentí con ilusión que así se empezaría a lanzar la gran Biblioteca del Departamento.

Desde aquel momento me prometí a mí mismo que haría todo lo posible para llenar los anaqueles, para invadir con libros filosóficos de fuera los espacios vacíos. Merecía la pena: había razones más que notables: aquí se estaba haciendo una Universidad con espíritu creativo y también con espíritu sobrenatural; mostrar también el camino de los hijos de Dios era una excelente tarea que cualquiera de nosotros, a título particular, podía aceptar sencillamente. Y yo, que era hijo de un obrero de la construcción, de un albañil, me parecía extraordinario poder arrimar el hombro para construir esa Universidad. Tuve varias oportunidades de realizar mi promesa, y de varios modos. Otro ejemplo, también insignificante: aparte de mi docencia habitual, trabajé en la revista *Anuario Filosófico* durante un cuarto de

siglo. Y como al principio no había dinero, se hacía la revista sin ayudas económicas de la propia Universidad y sin subvenciones externas, manteniéndose con las cuotas de los muchos suscriptores que se conseguían con gran esfuerzo; hasta las traducciones las realizaba yo gratuitamente. Además se creó una canalización de libros recibidos, que afortunadamente todavía sigue; aproximadamente pudieron ir a Biblioteca en ese tiempo unos 14.000 libros filosóficos.

Pero tuve más recompensas. Sólo cito una de ellas: haber conocido en el mismo año referido de 1964, en el Faustino, a la que es mi esposa, Laura. Aunque nunca me permitió dedicarle un poema de amor, nos casamos en 1968, y con el tiempo fundamos una familia de diez hijos, uno en el cielo. Cuatro son periodistas; dos son diseñadoras; una es economista; y dos filósofos, que están mejorando la raza, según dicen.

En las pocas palabras que he pronunciado, creo que ya está dicho todo. Quizás debo agregar la felicidad que durante 40 años me ha producido la docencia diaria con alumnos cada año más jóvenes: primero parecían compañeros; luego, parecían hijos, y otros lo eran realmente, como Luis y Manolo. Finalmente, en este curso pasado, parecían todos nietos; eso sí, un poco más crecilitos que los cuatro que tengo.

Y sí, lejos de toda presunción, pudiera yo destacar de mí mismo alguna cualidad, creo que es la constancia. He procurado mantenerme estable frente a la caída y frente al debilitamiento moral. Quizás por eso he podido parecer arrogante. Pero la constancia me ha defendido de las influencias que pretendían derribarme o que abandonase los propósitos. Me gustaría que en esta Universidad se me recordase como un soldado que ha sabido perseverar firmemente en lo que hacía y en su puesto.

De los libros que he publicado, unos me han producido una gran satisfacción; otros, menos o ninguna. En unos he procurado mirar a los alumnos, para comunicarles con cierta originalidad el contenido y la estructura de la asignatura. En otros libros, he querido comunicar a propios y extraños mi propia reacción crítica ante planteamientos abruptos de la filosofía moderna. Otros libros han respondido al asombro personal que me ha invadido recorriendo la inmensa aportación intelectual que los autores españoles del Siglo de Oro hi-

cieron a la metafísica, a la antropología y a la filosofía del derecho.

Aprovechando estos registros la propia Universidad me ha brindado oportunidades de crear relaciones con personas y con instituciones nacionales y extranjeras que investigaban en temas similares a los nuestros; también con personas ajenas a la institución docente. Lo hice siempre con espíritu universitario. Desde la política a la gastronomía, pasando por la música, he quedado enriquecido con el bien de los otros. Incluso con los sabios consejos de mis vecinos hortelanos, en mi parcela de la Magdalena.

Sólo quiero agregar una experiencia inmediata: el estado de jubilación me causa una perplejidad extrema: temo que mi jubilación profesional arrastre inevitablemente mi jubilación intelectual. Aunque me gustaría creer al novelista Mateo Alemán cuando decía que la juventud no es un tiempo de la vida, sino un estado del espíritu.

En cualquier caso me queda el privilegio de haber formado parte del claustro docente de filosofía durante cuatro décadas en la Universidad de Navarra. A él vine con los sueños de mi juventud; y aunque muchas veces quedaron en sueños, no por eso han carecido de significado, porque poco a poco me han hecho impermeable a lo vulgar. Soy, además de constante, un soñador. Y se me podría aplicar lo que Schiller hace decir a Don Carlos: “Díganle que debe prestar atención a los sueños de su juventud, si quiere ser hombre”.

Por todo lo bueno que me ha sucedido, sólo me cabe reconocer, agradecer y... recordar, o sea, llevar en mi corazón lo valioso que he recibido de vosotros, bajo la mano bondadosa de Dios.

Mil gracias.